



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS  
MOHICANOS DE PARÍS.

---

CAPÍTULO - V.

LA VISIÓN.

El resto de la historia del capitán Herbel es fácil de comprender y corta de referir.

Como todos los que habían tomado parte en la vuelta de la isla de Elba, Pedro Herbel fué perseguido.

Si no fué fusilado como Ney y como Labedoyere, es porque no había prestado juramento á los Borbones, y porque no hubiera habido sobre qué asentar el proceso.

Pero las acciones de los canales que el emperador le había dado en cambio de sus millones perdieron todo su valor.

Las licencias para la corta de bosques fueron anuladas.

La *Bella Teresa* fué cogida como buque contrabandista y confiscada.

En cuanto al banquero en cuya casa tenía puesta su



fortuna, arruinado por los sucesos políticos, se vió obligado á declararse en quiebra y dió el diez por ciento.

Quedó, pues, de su inmensa fortuna al capitán unos cincuenta mil francos y una pequeña granja.

Pedro Berthaut había sido más dichoso ó más hábil que él.

Adiestrado por las reacciones de 1814 no quiso esperar las de 1815, y habiendo reunido toda su fortuna en una corbeta, marchó con ella.

Pero ¿qué había sido de él y de la tripulación? Nadie lo sabía, y jamás se habían vuelto á tener noticias suyas.

Presumiase que á consecuencia de alguna tempestad había naufragado el buque y perecido la tripulación.

Además, como de haber muerto había muerto con la muerte de un marino, Teresa rezó por él; Pedro Herbel le hizo decir algunas misas, y ambos á dos hablaron á su hijo de él como de un corazón de oro y de un segundo padre si es que volvía á parecer.

Luego, como el río cuyas aguas enturbia por un momento el torrente á que él se arroja ó la avalancha desprendida de la cima de una montaña, volvió su vida á recobrar su curso ordinario, y al cabo de cuatro años, cuando hablaban de Pedro Berthaut, Herbel decía suspirando: ¡Pobre Pedro! Teresa enjugaba una lágrima y murmuraba una oración y el niño decía:

— Era mi padrino, ¿no es verdad, papá? Yo quiero mucho á mi padrino.

Y esto era todo.

En cuanto á su ruina personal, Pedro Herbel la había soportado como un filósofo.

Reducido á la cuarta parte de su fortuna paterna, vivió con ella como si nunca hubiera tenido más.

Á la vuelta de su hermano á Francia, le propuso vender su granja y compartir con él el resto de su fortuna.

El general Herbel rehusó, tratando á su hermano de pirata: á su vez recibió una inmensa parte en el millar de indemnización de los emigrados, y nada ofreció á Pedro, lo cual tampoco hubiera Pedro aceptado aun cuando se lo hubiera ofrecido, y ambos hermanos continuaron queriéndose á su modo: es decir, el capitán con todo su corazón: el general con una parte de su cabeza.

En cuanto al niño, ya sabemos sobre poco más ó menos cómo fué educado.

Crecía.

Se le envió á París, y fué colocado en uno de los mejores colegios de la capital. Sus padres, por economizar para educarlo, dejaron á Saint-Malo y fueron á vivir en su granja con mil doscientos ó mil cuatrocientos francos de renta.

La educación de Petrus absorbía el resto.

En 1820 el capitán Herbel, que sólo tenía cincuenta años en esta época, y que se moría de fastidio al ver crecer la hierba alrededor de su granja, anunció una mañana á su mujer que un armador del Havre le había hecho proposiciones para un viaje á las Indias occidentales.

Se decidió á marchar y á tomar parte en la empresa para doblar la fortuna de su hijo.

La parte que el capitán tomó fué la de treinta mil francos.

Pero los buenos días habían pasado. Presa de una horrible tempestad en el golfo de Méjico, su buque fué arrojado sobre los *Alacranes*, bancos de rocas mucho más terribles que el antiguo Scila. El buque fué sumergido, el capitán y los más atrevidos de los marineros ganaron los restos de los palos que flotaban sobre el agua, y al cabo de



tres días fueron recogidos medio muertos de hambre, de frío y de cansancio por un buque español.

Como ya el capitán Herbel nada tenía que hacer más que volver á su casa, el capitán que se dirigía á la Habana lo llevó á aquel puerto, en donde volvió á embarcarse en un buque que se hacía á la vela para Francia.

Nuestro antiguo corsario volvía en efecto, pero tan triste y tan cabizbajo que nadie podía creer que era el naufragio de su buque y la pérdida que esto le originaba lo que agobiase hasta tal punto á aquel hombre que había agotado todas las buenas y malas vicisitudes de la fortuna.

No, efectivamente que no era esto; pero lo que era no se atrevía á decirlo.

Durante la última noche que había pasado agarrado á una roca, transido de hambre, sin fuerzas, aturdida la cabeza por el ruido de las olas al estrellarse en los arrecifes, había tenido lo que un espíritu incrédulo llamaría delirio y lo que un creyente hubiera llamado una visión.

Hacia medianoche, nadie mejor que él sabía leer en ese reloj celeste llamado el cielo: hacia la medianoche, la luna se había nublado y la atmósfera por consiguiente se había oscurecido.

Después le había parecido al capitán que había sentido junto á su cabeza como el flotar de un ala y que una voz había dicho á las olas:

— Calmaos.

Era la voz de los espíritus del mar.

Entonces, como en la fantasmagoría se ve venir de lejos una figura, imperceptible al pronto y que va creciendo hasta alcanzar el tamaño natural, el capitán había visto venir hacia él andando, ó mejor dicho, deslizándose sobre las olas, una mujer envelada que se detuvo ante él.

Un estremecimiento agitó todo su cuerpo.

En aquella mujer, velada como estaba, el capitán había reconocido á su mujer, á Teresa.

Además, si hubiera tenido duda alguna, esta duda se hubiera disipado bien pronto.

Llegada junto á él, la mujer levantó su velo.

El capitán quiso lanzar un grito y dirigir la palabra al espectro, pero éste puso uno de sus pálidos dedos sobre los labios, como para imponerle silencio, y murmuró con una voz tan débil que el capitán comprendió que no era la voz de un ser viviente:

— Vuelve pronto, Pedro, te espero para morir.

Después, como si la figura hubiera perdido el poder mágico que la sostenía sobre las olas, se hundió lentamente, sumergiéndose en el agua primero hasta el tobillo, después hasta la rodilla, luego hasta la cintura, luego hasta el cuello, después, por fin, la visión se hundió del todo y desapareció.

Desvanecida ésta, las tranquilas olas se alborotaron de nuevo, el apagado ruido se reanimó, soplaron los vientos con nueva furia, cayó la bruma en penetrante lluvia sobre el cuerpo helado del capitán: todo, por último, volvió al orden natural.

El capitán preguntó entonces á sus compañeros, pero éstos cuidándose más bien de sus sufrimientos y de sus trabajos, no habían visto nada de lo que acababa de pasar, pero más bien lo que acababa de pasar había sucedido sólo para el capitán.

Pero hubiérase dicho que esta aparición le había devuelto sus fuerzas; parecíale que no podía morir sin haber vuelto á ver á Teresa, puesto que la misma Teresa le esperaba para morir.



Hemos dicho que al siguiente día los naufragos habían sido recogidos por un buque español.

Y hemos dicho también que á medida que se acercaba á las costas de Francia, la visión se aparecía á los ojos del capitán y á su memoria, más clara, más distinta, más precisa y más real.

Llegó por fin á Saint-Malo. Hacia que estaba ausente veintiocho meses.

La primera cara conocida que vió en el muelle huyó de él.

Corrió hacia el que parecía huir de él.

— ¿Teresa está mala? preguntó el capitán.

— ¡ Ah! dijo aquél volviéndose, ¿ lo sabéis?

— Sí, dijo el capitán, ¿ pero está muy mala?

— Escuchad: sois todo un hombre, ¿ no es cierto?

El capitán palideció.

— Pues bien, ayer se creía que ya había muerto.

— Es imposible, respondió el capitán.

— ¡ Cómo imposible! exclamó el que daba estas noticias.

— Si, ella me ha dicho que me esperaba para morir.

El interlocutor del capitán creyó que éste se había vuelto loco. Pero no tuvo tiempo de preguntarle sobre esta nueva desgracia, porque el capitán, viendo á otro de sus amigos que pasaba á caballo para ir á pasear, corrió hacia él, le suplicó que le prestase el caballo, lo que el otro hizo en el acto, espantado de la palidez y alteración de sus facciones; el capitán saltando sobre la silla, salió á galope, y al cabo de veinte minutos abrió la puerta del cuarto de su mujer.

La pobre Teresa estaba incorporada en la cama y parecía esperarle.

Petrus en pie, falto de fuerzas y de aliento, se sostenía apenas junto á la cabecera.

En efecto, hacía una hora que creía que su madre deliraba.

Fija la mirada hacia Saint-Malo había ido diciendo sucesivamente:

— Ya desembarca tu padre, ya pide noticias nuestras... monta á caballo... ya llega...

Y en efecto, cuando la moribunda decía estas palabras, oyóse el galope de un caballo, se abrió la puerta y apareció en ella el capitán.

Aquellos dos corazones tan tiernamente unidos, aquellos dos cuerpos que la muerte dudaba separar, no se dijeron nada, no hicieron más que confundirse en largo y estrechísimo abrazo.

Fué muy largo y doloroso este abrazo, y cuando el capitán separó sus brazos, Teresa estaba ya muerta.

El hijo ocupó entonces sobre el corazón paternal el sitio que acababa de ocupar la madre.

Después la tumba reclamó la madre, Paris reclamó el hijo, y el capitán quedó solo.

Desde este momento, Pedro Herbel vivió triste y solitario en su casa, viviendo del pasado, de sus combates en la India, de Napoleón encerrado en Santa Helena, de su naufragio de los Alacranes, donde creyó morir. Había recuerdos suficientes para llenar su existencia: sobre todo, si á los recuerdos del pasado unía las esperanzas del porvenir.

De todo aquel pasado sólo le quedaba Petrus; así que, Petrus podía pedir todo lo que quisiera, seguro de obtener en el momento lo que hubiera pedido.

Petrus, niño mimado en toda la fuerza de la expresión, Petrus era en quien revivían á la vez para el capitán el hijo y la madre: Petrus jamás había averiguado el verdadero estado de su pequeña fortuna.



Durante tres años también, desde 1824 á 1827, nada había tenido que pedir á su padre; el trabajo, secundando un nombre que comenzaba á adquirir fama, había bastado para proporcionarle lo necesario para cubrir sus necesidades.

Pero de pronto el horizonte de Petrus se había engrandecido con su amor á la bella y aristocrática Regina; sus necesidades se habían doblado, triplicado, y el trabajo, en sentido inverso, se había disminuido.

Al principio causó vergüenza dar lecciones, y renunció á ellas; después le pareció humillante exponer sus cuadros tras de los cristales de los aparadores de los mercaderes de cuadros; los inteligentes podían ir á su casa á buscarlos; los mercaderes podían también incomodarse algo.

Así que, los gastos se aumentaron considerablemente, y los ingresos disminuyeron de un modo lastimoso.

Ya se ha visto una muestra de cómo vivía Petrus con coche, caballos, carruaje, criado con librea, flores raras, pajarera, estanque, taller lleno de muebles de Flandes, de juguetes de China, de cristal de Bohemia.

Petrus no había olvidado la fuente de donde sacaba otras veces, y volvió á sacar de ella. La fuente era abundante; era el corazón de un padre.

Tres veces Petrus, en el espacio de seis meses, había pedido sumas crecientes: cinco mil francos la primera, diez mil la segunda y diez mil la tercera.

Por fin, con el remordimiento en el corazón, el rubor en la frente, pero vencido por aquel irresistible amor que lo dominaba, se había dirigido por cuarta vez á su padre.

Esta vez la respuesta se hizo esperar algún tanto.

Se recordará la lección que el general acababa de dar á su sobrino en el momento en que el capitán Pedro Herbel

abría la puerta después de haber atropellado al criado y haberlo tirado desde lo alto de la escalera.

Desde este momento es desde el en que vamos á comenzar nuestro relato, después de una interrupción, cuya longitud no tiene más disculpa que el deseo de dar al lector una idea de este digno y excelente hombre, que se nos hubiera aparecido bajo otro aspecto que el real y verdadero suyo, si tan sólo le hubiéramos retratado con los sustantivos y adjetivos con que el general reemplazaba su nombre y con los epítetos con que algunas veces solía acompañarlos.

Pero hé aquí que por más prolijos que hayamos sido, nos damos cuenta de una cosa, y es que al trazar el retrato moral del capitán Herbel, hemos descuidado completamente su retrato físico.

Por corto que sea nos vemos obligados, faltándonos espacio, á remitirlo para el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO VI.

### EL SANS-CULOTTE.

El capitán Pedro Herbel, apellidado el Sans-Culotte, tenía en esta época cincuenta y siete años.

Era de corta estatura, anchas espaldas, brazos de hierro, cabeza cuadrada, cabellos crespos de un rubio que en otro tiempo fué rojo: un Hércules bretón, en una palabra.

Las cejas, de color más obscuro que sus cabellos, y que como éstos no habían encanecido, daban á su rostro un aspecto de indecible dureza; pero sus ojos, de un azul celeste limpio, su boca entreabierta, sus blancos dientes



revelaban al mismo tiempo una bondad perfecta, una dulzura infinita.

Era vivo y bueno como hemos podido ver al entrar en las Tullerías, en casa de su hijo, y á bordo de su buque; pero bajo aquella vivacidad se ocultaba el corazón más sensible, el alma más compasiva de la creación.

Acostumbrado á mandar á los hombres en situaciones en que el peligro no permitía debilidad de ningún género, su rostro expresaba el hábito del mando y una enérgica voluntad.

En efecto, como si hubiera estado siempre á bordo de la *Bella Teresa*, en su aldea, á pesar de la pérdida de su fortuna, había conservado el secreto de hacerse obedecer, no sólo de los aldeanos que vivían pared por medio de él, sino hasta de los más ricos señores vecinos.

Obligado por la paz europea á morder sus puños en la ociosidad á falta de un campo de batalla con los hombres, el capitán había declarado la guerra á los animales.

Aplicándose á este ejercicio con devoradora actividad, había llegado á ser un aficionado furioso de la caza, y con el pesar de no poder habérselas con animales que valiesen la pena, como elefantes, rinocerontes, leones, tigres y leopardos, se había rebajado con cierta vergüenza á luchar con débiles enemigos como los lobos y jabalies.

Viudo de Teresa, separado de Petrus, el capitán se había acostumbrado á pasar las tres cuartas partes del año recorriendo diez ó doce leguas en contorno, en los bosques y dehesas, con su fusil á la espalda y sus dos perros corriendo delante de él.

Algunas veces permanecía ausente una semana, diez, quince días, sin dar más noticia suya en el pueblo que los trozos de jabali que enviaba, y que la mayor parte de

las veces iban dirigidos á las familias más necesitadas.

De suerte que el capitán, no pudiendo alimentar á los pobres con sus limosnas, los alimentaba con su fusil.

El capitán era, pues, mucho más que Nemrod, un verdadero cazador ante Dios.

Es verdad que este cazar continuo tenía sus inconvenientes.

El lector no dejará de saber que en el curso legal de las cosas, el más encarnizado cazador cuelga de la chimenea su fusil desde el mes de Febrero al mes de Septiembre.

Sin embargo, no sucedía esto al fusil del capitán.

Su *Lecler*, había escogido los cañones de su escopeta entre los que salían de casa [de este [fabricante; su *Lecler*, decimos, no descansaba nunca, y siempre se oía su detonación ya en uno ya en otro lado del departamento.

Es verdad que como no había ni un guarda rural, ni uno de montes, ni un gendarme que no supiese con qué objeto cazaba el capitán y qué uso hacía del producto de su caza, no había uno de aquellos, decimos, que en oyendo la detonación de su escopeta en un lado no echara por el opuesto.

Sólo había los casos en que el capitán llegara con demasiada audacia á disparar sus tiros en las barbas del propietario y de su caza. No había más que este caso en que el agente público se decidía á formar el proceso verbal y llevar al capitán ante los tribunales.

Excusamos decir que esto sucedía raras veces.

Y solía suceder que los tribunales por severos que fuesen respecto á los delitos de caza, cuando sabían que habían sido cometidos por el *sans-culotte* Herbel templaban el rigor de la ley, fuese la que fuese la opinión de los jueces, y la multa jamás subía á más del minimum.



De modo que con unos cien francos de multa al año, el capitán repartía en limosna más de dos mil, se alimentaba él mismo y enviaba magníficos regalos á su hijo Petrus, el cual los compartía naturalmente con sus amigos aficionados á la *nature morte*.

En cuanto á lo demás, el capitán era un verdadero marino. Ignoraba no sólo las cosas de su pueblo, sino las de todo el mundo.

El aislamiento en que vive el marino perdido en la soledad del Océano; la grandeza del espectáculo que tiene siempre á la vista; la facilidad con que á cada momento juega su existencia; la indiferencia con que espera la muerte, la vida de marino y en seguida la de cazador, le habian preservado tan absolutamente de todos los hombres, que á excepción de los ingleses, que sin que él mismo supiera por qué le parecían sus enemigos naturales, tenia hacia todos sus semejantes, lo cual es discutible, una simpatía ciega y una amistad virginal.

La sola mancha de aquel corazón de granito y oro á un tiempo era el dolor causado por la muerte de su mujer, la pobre Teresa, cuerpo encantador, alma serena, abnegación sublime.

Así que, cuando al poner el pie en el taller, y después de haberlo abrazado, miró como un padre mira á su hijo, dos lágrimas rodaron de sus ojos, y alargando la mano al general:

— Ya lo ves, hermano; es el retrato exacto de su madre.

— Es posible, pero debieras recordar, viejo pirata, que nunca tuve el honor de conocer á su señora madre.

— Es verdad, dijo el capitán con voz dulce y llena de lágrimas, como siempre que hablaba de su mujer. Murió en 1825 y aun no estábamos reconciliados.

— ¡ Ah ! ¿ conque según eso, crees que estamos reconciliados ?

El capitán se sonrió.

— Me parece, dijo, que cuando dos hermanos se han abrazado como nosotros lo hemos hecho después de treinta años de ausencia..

— Eso no prueba nada, querido Pedro; ¿ crees que yo me arreglo contigo, con un bandido como tú ? Le doy la mano, le abrazo, pero en el fondo del corazón hay una voz que grita : ; No te perdono, saís-culotte ! ; no te perdono, pirata ! ; no te perdono, corsario !

El capitán miró á su hermano sonriendo, porque sabia bien que el general en el fondo de su corazón le profesaba tierna y cariñosa amistad.

— ¡ Bah ! dijo ; pues yo te perdono el que hayas servido contra la Francia.

— Bueno, dijo el general ; como la Francia nunca hubiera sido la ciudadana república ó Mr. Bonaparte : he servido contra 95 y contra 1805 ¿ entiendes ? y no contra la Francia.

— Qué quieres, hermano, respondió sencillamente el capitán, yo he creído siempre que era la misma cosa.

— Y como mi padre lo ha creído siempre, dijo Petrus, y lo creará así, y como vos habéis creído y creeréis siempre todo lo contrario, tio, creo que lo mejor seria terminar aqui esta conversación.

— Si, dijo el general ; hablemos de otra cosa. ¿ Por cuánto tiempo piensas estar aqui ?

— ¡ Ay ! mi querido Courtenay, por poco.

Pedro Herbel, al renunciar al nombre de Courtenay, habia continuado llamando siempre por este apellido al mayorazgo de la familia.



— ¿Cómo por poco tiempo? preguntaron á la vez el general y Petrus.

— Pienso partir hoy mismo, hijos míos.

— ¿Hoy, padre mio?

— ¿Pero estás loco, viejo pirata? añadió el general. ¿Quieres ya marchar cuando apenas has llegado?

— Mi marcha depende de la conversación que voy á tener con Petrus, dijo el capitán.

— Sí, y alguna partida de caza que tendrás dispuesta con los cazadores del departamento de Ile-et-Vilaine.

— No; tengo allí un amigo moribundo y que tiene la aprensión de creer que no morirá á gusto si no le cierran los ojos.

— ¡Ah! ¿acaso también se te ha aparecido ése, dijo el general con su escepticismo acostumbrado, como se te apareció Teresa?

— ¡Tío! dijo Petrus interviniendo en la conversación.

— Sí, ya sé que mi hermano el pirata cree en Dios y en los aparecidos; pero por más lobo marino que sea, si hay un Dios en el cielo, y ese Dios ha visto sus pirateñas, dudo mucho que haya salvación para él ni en este ni en el otro mundo.

— Si eso fuera así, hermano, replicó dulcemente el capitán, sería cosa bien desgraciada para mi pobre amigo Surcouf, y sería una razón más para que volviese á su lado lo más pronto posible.

— ¡Ah! ¿es Surcouf quien se muere? exclamó el general.

— Sí, dijo Pedro.

— Á fe mia que será un bandido menos.

Pedro miró tristemente al general.

— Y bien, preguntó éste al ver la mirada de su hermano, ¿por qué me miras así?

El capitán movió la cabeza y suspiró.

— Vamos, habla, insistió el general, no me gusta que la gente se calle cuando se le dice que hable; ¿en qué piensas, si es que puede saberse?

— Pienso que cuando yo muera, sé ya lo que de mí dirá mi hermano.

— ¿Qué? ¿qué dices?

— ¡Oh! á fe mia, repitió el capitán enjugando una lágrima, será un buen bandido menos:

— ¡Padre mio! ¡padre mio! murmuró Petrus.

Pedro se volvió luego hacia el general.

— Tío, le dijo, me reñais hace poco y teniais razón; ¿si yo á mi vez os riñera la tendría también?

El general ahogó una pequeña tos, que era en él señal de no saber qué contestar.

— ¡Vamos! ¿tan malo está tu Surcouf? Párdiez, ya sé que en él hay algo ó mucho bueno, que era un valiente, una especie de Juan Bart, y que sólo le ha faltado servir á la buena causa.

— Ha servido á la causa del pueblo, hermano, á la causa de Francia.

— ¡La causa del pueblo!... ¡La causa de la Francia! Estos condenados de sans-culottes creen haberlo dicho todo cuando han pronunciado estas palabras: preguntá á tu hijo, al señorito aristócrata, que tiene criados con librea y lleva escudo de armas en el carruaje, si no hay otra cosa en Francia que el pueblo.

Petrus se puso encarnado hasta lo blanco de los ojos.

El capitán se volvió hacia su hijo, y lanzó sobre él una dulce mirada interrogadora.



Petrus calló.

— ¡ Oh ! ya te contará todo eso cuando estéis solos, y ya verás cómo tiene corazón.

El capitán movió la cabeza

— No tengo más hijo que él, Courtenay, y es el retrato de su madre.

Esta era una de las respuestas á las que el general no sabía qué contestar.

Tosió.

Pero al toser :

— Te preguntaba, añadió, si tu amigo Surcouf estaba tan malo que te impediría comer conmigo y con Petrus.

— Muy malo, amigo mio, dijo tristemente el capitán.

— Entonces es otra cosa, dijo el general levantándose ; te dejo con tu hijo, porque, como te digo, tenéis que arreglar algunas cuentas no soldadas : si te quedas y quieres comer conmigo, ven en hora buena ; si te vas y no te veo, buen viaje.

— Temó que no me vuelvas á ver, dijo Pedro Herbel.

— Pues bien, entonces abrázame, dijo el general.

Y abrió sus brazos á su hermano, que se precipitó en ellos con profunda ternura mezclada de respeto que siempre había conservado á su hermano mayor.

Luego, como para escapar á una escena de enternecimiento, especie de emoción que no entraba en sus hábitos y que tenía pocas simpatías en el general, se arrancó violentamente de los brazos de su hermano, y dirigió á Petrus estas palabras :

— Esta tarde ó mañana os volveré á ver, ¿ no es cierto, señor sobrino ?

Y se lanzó hacia la escalera que bajó con la agilidad de un joven de veinte años, murmurando estas palabras :

— Diablo de hombre ; que no he de verle nunca sin que note que me queda una lágrima en el fondo del corazón.

## CAPÍTULO VII.

### EL PADRE Y EL HIJO.

Apenas la puerta se hubo cerrado detrás del general, cuando Pedro Herbel abrazó de nuevo á su hijo, el cual llevó á su padre hacia un sofá sobre el cual le hizo sentarse al propio tiempo que él se sentaba también.

Después, obedeciendo á la impresión que sobre él habían ejercido las últimas palabras de su hermano, sus ojos se fijaron por un momento en las magnificencias del taller, sobre los tapices, los muebles del renacimiento, las pistolas griegas con culatas de plata, los fusiles árabes con incrustaciones de coral, sobre los puñales con vaina de oro, sobre los cristales de Bohemia y las ricas obras de plata de Flandes.

El examen fué corto, y el capitán no había abandonado su clara y límpida sonrisa cuando la fijó de nuevo en su hijo.

Petrus, por el contrario, avergonzado con aquel lujo que constataba con las desnudas paredes de la granja de Plancoet, á la sola mirada de su padre bajó la vista.

— Y bien, le dijo éste con dulzura, ¿ nada me dices ?

— Perdonad, padre mio, si os he hecho abandonar á un amigo moribundo, para venir á mi que podía esperar.

— No es eso, acuérdate lo que me decias en tu carta.

— Es verdad, padre mio, dispensadme, os decia que ne-



cesitaba dinero, pero no os decía: dejadlo todo para traerme vos mismo... no os decía...

Petrus conoció que iba á ser ingrato.

— ¿No me decías qué? preguntó el capitán.

— Nada, nada, padre mio, contestó Petrus abrazándole; habéis hecho bien en venir, y yo no podéis figuraros cuán satisfecho estoy de haberos visto.

— Y además, Petrus, continuó el padre con la voz ligeramente sofocada por el abrazo de Petrus, mi presencia era necesaria; tenía que hablar seriamente contigo.

Petrus se halló más á gusto.

— ¡ Ah! ya comprendo, padre mio, lo que os había pedido, ¿no ha sido posible hacerlo? No hablemos más de ello; estaba loco, hice mal. ¡ Oh! mi tío me lo había hecho comprender ya antes de que vos llegáseis, y yo lo comprendo mucho mejor desde que os he visto.

El capitán movió la cabeza con su buena sonrisa paternal.

— No, dijo, tú no me comprendes.

Luego, sacando una cartera del bolsillo y poniéndola encima de la mesa, añadió:

— Tus diez mil francos están aquí.

Petrus quedó agobiado con tal bondad.

— Padre mio, exclamó, nunca, nunca.

— ¿ Por qué?

— Porque he reflexionado.

— ¿ Qué has reflexionado? ¿ sobre qué?

— Sobre que hace seis meses que estoy abusando de vuestra bondad; que hacéis más de lo que podéis hacer, y que os estoy arruinando.

— Pobre muchacho; arruinarme... la cosa no es difícil.

— ¿ Lo veis, padre mio?

— No eres tu quien me arruina, mi pobre Petrus, sino yo quien te ha arruinado.

— ¡ Padre mio!

— Sí, dijo el capitán recordando melancólicamente el pasado: te había reunido una fortuna real, ó más bien ella sola se había hecho, porque yo casi nunca he sabido lo que es ni lo que vale el dinero: ya sabes cómo se ha perdido esta fortuna.

— Sí, padre mio, y me enorgullezco con la pobreza cuando pienso del modo y manera que la hemos adquirido.

— Hazme la justicia al menos de que nada he escaseado cuando se ha tratado de tu educación, de tu dicha...

Petrus interrumpió á su padre.

— Padre mio, y mis caprichos también.

— Qué quieres, antes que nada deseaba verte feliz, hijo mio. ¿ Qué hubiera contestado á tu madre cuando al unirme á ella de nuevo me preguntara: y nuestro hijo?

Petrus se arrodilló ante su padre llorando.

— ¡ Oh! si lloras, dijo Petro Herbé, no podré decirte nada.

— ¡ Padre mio! exclamó Petrus.

— Además, lo que tenía que decirte te lo diré en otro viaje que haga para verte.

— No, no, ahora, padre mio.

— Mira, dijo el capitán levantándose para no hablar de lo que Petrus quería; aquí tienes el dinero que te hace falta. Me disculparás con mi hermano, ¿ no es cierto? Le dirás que he temido llegar tarde y que me he marchado en la misma diligencia en que he venido.

— Sentaos, padre mio; la diligencia no marcha hasta las siete y son las dos. Tenemos, pues, cinco horas de que disponer.



— ¿ Crees ? dijo sin saber lo que decía ni lo que contestaba...

Y maquinalmente sacó del bolsillo de su chaleco un reloj de plata con cadena de cuero que había sido de su padre.

Petrus miró el reloj y lo besó. ¡ Cuántas veces de pequeño había escuchado con la cándida y sencilla admiración de la infancia el movimiento de aquel reloj hereditario !

Tuvo vergüenza de la cadena de oro que pendía de su cuello, del reloj con armas de diamantes que estaba sujeto a un extremo de aquella cadena y que llevaba en el bolsillo de su chaleco.

— ¡ Oh ! querido reloj, murmuró Petrus besando de nuevo el reloj de plata de su padre.

El capitán no comprendió.

— ¿ Lo quieres ? le dijo.

— ¡ Cómo, el reloj que ha marcado la hora de vuestros combates, la hora de vuestras victorias, el reloj que, semejante á los latidos de vuestro corazón ni se ha atrasado ni ha adelantado un momento, lo mismo en las horas de peligro que en los días de calma ; no, no lo quiero, no soy digno de él !

— Olvidas que ha marcado otras dos horas también, y que son las únicas fechas de mi vida de que me acuerdo : la hora de tu nacimiento, la hora de la muerte de tu madre.

— Hay otra tercera que marcará para vos y para mí, á contar desde hoy, padre mio : es la hora en que he reconocido mi ingratitud, en que os he pedido perdón.

— ¡ Perdón ! ¿ de qué ?

— Confesad, padre mio, que para traerme esos diez mil francos habéis necesitado consumir grandes sacrificios.

— He vendido la granja y nada más ; por eso me he retardado.

— ¿ Habéis vendido la granja ? preguntó Petrus aterrado.

— Sí, era muy grande para mi solo : si tu pobre madre no hubiera muerto, ó si tú la habitaras conmigo, ya era otra cosa.

— ¿ Conque habéis vendido esa granja que provenía de mi madre ?

— Justamente, porque provenía de ella era tuya.

— ¡ Padre mio ! exclamó Petrus.

— He disipado la mía como un loco. Hé aqui por qué he venido. Petrus, vas á comprender, viejo y egoísta como soy, por qué he vendido la granja en veinticinco mil francos.

— Pero valía cincuenta mil.

— ¿ Olvidas que había tomado prestados sobre ella, para enviártelos, otros veinticinco mil ?

Petrus se ocultó el rostro con las manos.

— Pues bien, he venido yo mismo para decirte si me podías dejar los otros quince mil francos.

Petrus miró á su padre asombrado.

— Por poco tiempo : y se entiende que si más tarde los necesitas, tendrás siempre el derecho de reclamármelos.

Petrus levantó la cabeza.

— Continúad, padre mio, dijo.

Después añadió en voz baja :

— Esto es mi castigo.

— Hé aqui mi plan, continuó el capitán : alquilaré ó compraré una pequeña cabaña en medio de los bosques : ya conoces mi modo de vivir, Petrus ; soy un viejo cazador y no puedo separarme de mis escopetas y de mis perros. Cazaré desde la mañana á la noche. ¡ Qué desgracia que no seas cazador ! hubieras ido á verme : hubiéramos cazado juntos.

— Iré, iré, padre mio, descuidad.



— ¿De veras?

— Os lo prometo.

— Pues bien, hé ahí una razón más. Para mí hay de placeres en la caza: el de cazar, y porque no tienes idea de cuánta pobre gente mantengo con mi escopeta.

— ¡ Oh, padre mío! cuán bueno sois, murmuró Petrus.

Y añadió á media voz:

— ¡ Y cuán grande!

Y levantó las manos y los ojos al cielo.

— Espera, porque llega el momento en que cuento contigo.

— Decid, decid, padre mío.

— Tengo cincuenta y siete años, certera la vista, seguro el brazo, pero se descende rápidamente el costado de la montaña en que yo me hallo. Dentro de uno, de dos, de diez años, mi vista puede enturbiarse, mi brazo flaquear. Entonces una mañana verás llegar á un pobre viejo que te dirá: Soy yo, Petrus, que para nada bueno soy hasta útil. ¿ Tienes en tu casa un rincón cualquiera para tu anciano padre? Ha vivido siempre lejos de lo que amaba, quisiera no morir como ha vivido.

— Padre mío, exclamó sollozando Petrus, ¿ es verdad que la granja ha sido vendida?

— Anteayer, hijo mío.

— ¿ Pero á quién?

— Mr. Peyrat, el notario, no me lo ha dicho. Ya comprenderás que lo que á mi me importaba era tener dinero: he tomado los diez mil francos que necesitabas, y hé ahí todo.

— Padre mío, dijo Petrus levantándose, es menester que yo sepa quién ha comprado la granja de mi madre.

En este momento se abrió la puerta del taller y el criado

de Petrus apareció, temblando aún, con una carta en la mano.

Pero cuando iba á tirar aquella carta sobre la mesa, notó que tenía el sello de Saint-Malo.

Creyó por un instante que la carta era para su padre. Pero tenía este sobre:

*Al señor vizconde Petrus Herbel de Courtenay.*

La abrió en seguida.

Era del notario, en cuya oficina dijo el capitán que se había hecho la venta.

Petrus movió la cabeza como para ensanchar el círculo de luz que le rodeaba y leyó:

« Señor vizconde:

» Vuestro padre que ha tomado prestados en mi casa hasta veinticinco mil francos, ha venido á buscarme, hace tres días, para venderme la granja hipotecada al pago de aquella suma.

» Me ha dicho que estos veinticinco mil francos, como los primeros, eran para vos.

» Me han ocurrido, perdonadme, señor vizconde, que ignorabais que este sacrificio, como todos los que ha hecho por vos, le arruinaba completamente.

» He creído de mi deber, como notario de vuestra familia y amigo de vuestro padre desde hace treinta años, que debía hacer dos cosas.

» La primera, darle los veinticinco mil francos que me debía, fingiendo una venta que no existe.

» La segunda, preveniros del triste estado de su fortuna, seguro que lo ignoráis, y cierto que cuando lo sepáis, en lu-



gar de derrocharla, trataréis de reponerla y mejorarla.

» Si os quedáis con los veinticinco mil francos, preciso será realizar la venta.

» Pero si para lo que queréis esos veinticinco mil francos no es una de esas necesidades perentorias y lo podéis dilatar por algún tiempo entregándome de aquí á ocho días esos veinticinco mil francos, vuestro padre continuará siendo propietario de la granja, y le evitaréis, creo, un gran disgusto.

» No sé cómo os parecerá la libertad que con vos me tomo, pero creo que es la de un hombre honrado y la de un verdadero amigo.

» Recibid, etc.

« PETRAT, notario de Saint-Malo. »

Acompañaba á esta firma una de esas rúbricas complejas, como las hacian hace veinticinco años los notarios de provincia.

Petrus respiró y besó la carta del digno notario, que la creía destinada ciertamente á tanto honor.

Después, volviéndose hacia su padre :

— Padre mio, le dijo, esta tarde marchó con vos Saint-Malo.

El capitán lanzó un grito de alegría.

Después, reflexionando con cierta inquietud :

— ¿Qué vas á hacer á Saint-Malo? le preguntó.

— Á acompañaros allá, padre mio. Cuando os vi, creí que veníais á pasar conmigo algunos días. Siendoos imposible, soy yo quien va á pasarlos con vos.

Y en efecto, aquella misma tarde, después de haber escrito dos cartas, una á Regina y otra á Salvador, y después de haber llevado á su padre á comer, no á casa del ge-

ral, cuyas burlas ó sarcasmos hubieran herido su traspasado corazón, sino á una fonda donde ambos comieron con intimidad y ternura, Petrus montó en la diligencia de Saint-Malo, firme en la resolución que había tomado.

## CAPÍTULO VIII.

### PESARES DEL CORAZÓN MEZCLADOS CON DINERO.

¿Cuál era la resolución que Petrus acababa de adoptar? Tal vez la hallaremos en una de las dos cartas que había escrito.

Comencemos por la que había dirigido á la casa del boulevard de los Inválidos.

« Mi querida Regina,

» Perdonad si dejo á París por algunos días sin haberos visto antes, sin haberos dicho nada, ni en carta ni de viva voz, sobre esta ausencia. Un acontecimiento inesperado, pero que no tiene nada de alarmante, os lo aseguro, me obliga á acompañar á mi padre á Saint-Malo.

» Permitidme que os diga para tranquilizaros completamente que lo que pomposamente he calificado de acontecimiento es simplemente un asunto y asunto de intereses.

» Sólo que este asunto de interés concierne, y perdónadme haber dicho tal blasfemia, á la persona que más quiero en el mundo después de vos : á mi padre.

» Digo esto, Regina, en voz baja, por temor de que me oiga Dios y me castigue por amaros más á vos que al que debía ser mi primer amor.



» Si necesitáis decirme que me amáis como yo necesito oírlo, y si queréis no hacerme olvidar, sino soportar la ausencia con una de vuestras cartas en que también sabéis enviarme una parte de vuestra alma, escribidme hoy y mañana á Saint-Malo. No creo estar más que el tiempo necesario para el viaje y para arreglar el negocio que allá me lleva; es decir, unos seis días.

» Haced también porque á la vuelta encuentre una carta vuestra. ¡Oh! os juro que me hará falta.

» Hasta la vista, mi querida Regina; sólo mi cuerpo os deja: mi corazón, mi alma, mi pensamiento, todo lo que en mi amo, en fin, queda con vos.

» PETRUS. »

Ahora, he aquí la que escribía á Salvador:

« Amigo mío,

» Con la misma ceguera y con la misma obediencia con que ejecutaríais la última recomendación de vuestro moribundo padre, os suplico que hagáis lo que voy deciros.

» En cuanto recibáis mi carta, tomad un mueblista, venid á mi casa. Haced el inventario de mis caballos, de mi carruaje, de mis cuadros, de mis muebles, de mis armas, de mis tapices, de cuanto poseo; guardad solamente lo que me sea necesario para los usos comunes de la vida.

» Hecho el inventario, haced que tasen cada objeto por separado.

» Dado á anunciar en los periódicos; creo que esto de la competencia de Juan Robert. Mandad que anuncie la venta de un mobiliario de artista.

» Fijad el domingo 16 del corriente, á fin de que los aficionados tengan tiempo de ver cada objeto colocado en su sitio respectivo.

» Tratad también de que el mueblista que llaméis esté acostumbrado á tasar los objetos sin moverlos de donde están colocados.

» Necesito sacar de la venta de treinta y cinco á cuarenta mil francos.

— Vuestro siempre, mi querido Salvador,

» *Ex imo corde,*

« PETRUS. »

« P. S. Pagad á mi criado, y despedidle. »

Petrus conocía á Salvador. Sabía que á su vuelta estaría todo hecho como deseaba.

En efecto, cuando volvió seis días después de su marcha, vió el anuncio en la puerta, y un cordón de gente que entraba y salía de la casa.

No tuvo valor para entrar en su taller.

Entró en su cuarto, se encerró en él, se sentó suspirando y ocultó la cara entre las manos.

Petrus estaba satisfecho de sí mismo y orgulloso con la resolución que había adoptado. Pero no lo había hecho sin lucha y sin quebranto.

Adivinase qué fué lo que le llevó á Saint-Malo, y cuáles eran sus proyectos á su vuelta.

Había marchado para impedir que la granja de su padre, aquel último resto de su fortuna, saliese de su poder.

Había ido para asegurar un retiro á los últimos días de aquel á quien debía el ser.

La cosa era fácil y se había llevado á cabo sin que su



padre se diese cuenta de ello. El notario rompió el contrato de venta y Petrus se despidió de su padre, que marchó á ver á su moribundo amigo.

Después volvió á París para cumplir la segunda parte, digamos más bien la parte más difícil y sobre todo la más dolorosa de su resolución.

Petrus se había decidido á vender, como hemos visto, caballos, carruajes, muebles, cuadros, juguetes, chinás, cofres de Flandes, armas y tapices para pagar sus deudas: una vez pagadas éstas, volver á dedicarse al trabajo como un escolar que trabaja para alcanzar el premio de Roma.

Es verdad que renunciando á sus locos gastos, y sobre todo dedicando al trabajo el tiempo que perdía, no en ver, sino en tratar de ver á Regina, Petrus estaba seguro de mejorar su situación, tanto desde el punto de vista del arte, como de intereses.

Entonces podría ayudar á su padre y no éste ayudarle á él, y despojarse de lo necesario para sostener el lujo de su hijo.

Verdad es que todo esto era lógico, era recto, era noble, pero nada hay tan duro ni tan difícil de hacer como lo que es recto y noble.

Hé aquí por qué la mayor parte de las veces no se hace lo que se debe.

En efecto, ¿vender todo aquel lujo encantador, al que se había fácilmente acostumbrado, para encontrarse de nuevo entre cuatro paredes desnudas, es una cosa que se puede hacer alegremente? No: era una situación violenta y sólo á costa de un pesar violento se podía salir de ella.

La pobreza por sí misma no asustaba á Petrus. Sobrio por naturaleza, económico para sí mismo, hubiera vivido,

como ya lo había hecho, perfectamente con un duro diario. No era tampoco por Regina, porque ésta no se cuidaba de la riqueza. ¿No encerraba acaso su corazón las tres grandes riquezas de la creación: la del talento, la de la juventud y la del amor?

Pero era directamente sobre su amor, sobre el alma de su alma, sobre lo que iba á pesar mortalmente aquella pobreza.

La mujer que se arrojará al fuego por agradarnos, la que arriesgara su reputación y su vida para venir como Julieta á dar su último beso al Romeo que la esperase bajo su balcón, aquella mujer acaso no estrecharía entre sus manos aristocráticas una mano cubierta con un mal guante.

Y luego seguid á pie, por entre el barro de la calle, el carruaje de la mujer que amáis; idla á esperar á pie en una de las calles del bosque, cuando el día antes la habéis aguardado, montado en un magnífico caballo que ha salido de las cuadras de Drake ó de Cremieux.

Y además la pobreza entristece; se retrata á pesar vuestro en los más frescos y robustos rostros. La frente del pobre guarda, conserva el sello de la velada y del insomnio de la noche.

Es cándido, es infantil, es ridículo á los ojos del filósofo lo que vamos á decir; pero este doloroso pensamiento de no poder nunca llegar en su cupé ó en su tilburi á la *soirée* en que Regina había ido en su carretela, no poder cruzar á caballo por los boulevares exteriores, donde por primera vez la había encontrado, ó en las calles del bosque de Boloña donde todos los días le veían pasar, este pensamiento llenaba de tristeza, á despecho de todos los filósofos de la tierra, el corazón de Petrus.

Verdad es que los filósofos no comprenden el amor, y la



prueba es que desde el momento en que se enamoran, dejan de ser filósofos.

¿Cómo en adelante hacer un regular papel en los salones del arrabal de San Germán, esos salones tan espinosos para los hidalgos pobres, donde era recibido no como artista, sino como descendiente de la antigua nobleza?

El arrabal de San Germán no perdona á un hidalgo que tenga talento, sino á condición de no vivir á costa de él.

Verdad es que Petrus, además del boulevard donde veía á Regina, y del bosque donde la hallaba, la podía hablar en su casa.

Pero las entrevistas en la sociedad eran el pretexto de sus visitas, y en su casa, donde Petrus no podía verla frecuentemente, rara vez la hallaba sola.

Ya era Mr. de la Mothe-Houdón, ya la marquesa de la Tournelle; Abeja siempre, Mr. Rappt algunas veces.

Mr. Rappt, que le miraba con mal disimulado enojo, y que parecía decirle con su mirada:

— Sé que sois mi enemigo mortal; sé que amáis á mi mujer; pero guardaos, porque no os pierdo de vista.

— Si, pardiéz, sí, el amante de vuestra esposa, decía para sí Petrus; sí, vuestro enemigo íntimo, vuestro enemigo mortal, el enemigo de lo malo, Mr. Rappt.

Pues bien, todos los beneficios de la fortuna, todos los goces del lujo, todas las ventajas de la riqueza, Petrus las había disfrutado durante seis meses, y de repente iba á renunciar á ellas.

Lo repetimos, la situación era desesperada.

¡Oh! ¡pobreza, pobreza! ¡cuántos corazones has destrozado, cuántas almas en flor has segado con tu despiadada guadaña! Pobreza, diosa sombría, eres á un tiempo el soplo y la mensajera de la muerte.

Verdad es que Regina no era una mujer vulgar.

Acaso...

Ya sabéis lo que sucede al viajero perdido en las Catacumbas; al viajero que destrozado por el cansancio, sentado sobre una piedra informe, que en otro tiempo fué losa de un sepulcro, con la frente cubierta de sudor, y que mira y escucha con angustia y piensa en si verá una luz, en si oirá algún ruido.

¡Entrevé una luz!

¡Percibe un sonido!

Se levanta.

— ¡Acaso! dice.

Lo mismo sucedía á Petrus; acababa de ver brillar una luz en el sombrío subterráneo de su presente.

— ¡Acaso! había dicho también á su vez.

— No más falsa vergüenza, había murmurado en voz baja: la primera vez que la vea la contaré todo, y mis locas vanidades y mis riquezas fingidas. ¡No más falso orgullo! ¡una sola vanidad! ¡una sola gloria! ¡Trabajar para ella! ¡Poner mis triunfos á sus pies! No es una mujer vulgar, y acaso, acaso me amará más.

¡Oh! bella, encantadora juventud, á través de la cual pasa la esperanza como los rayos del sol pasan á través del cristal.

¡Oh! bello y dulcísimo pájaro, que canta el dolor, cuando ya no puede cantar la alegría.

Sin duda, Petrus, en apoyo de esta resolución, se dijo á sí mismo muchas otras cosas que no repetiremos aquí.

Digamos solamente que hablando así consigo mismo, se quitó la ropa de viaje, y tomó un elegante traje de mañana volviendo á vestirse á toda prisa.

Peró sin entrar en su taller, donde oía sonar las botas y



resonar el diálogo de los visitantes, bajó la escalera, puso la llave del cuarto en la portería, y recibió en cambio un billete de manos del portero, el cual, á la primera mirada reconoció Petrus por la forma de la letra ser de su tío.

Le convidaba á comer para el día en que estuviera de vuelta en París.

El general Herbel deseaba saber sin duda si la lección había aprovechado.

Petrus encargó al conserje que hiciera el favor de ir á casa de su tío á anunciarle que estaba de vuelta y que á las seis en punto iría á verle y á ponerse á sus órdenes.

## CAPÍTULO IX.

### LA CANCIÓN DE LA ALEGRÍA.

No hemos dicho al lector ni por qué se vestía Petrus ni adónde iba, pero sin duda que esto lo habrá adivinado.

Petrus había bajado la escalera más rápido que un pájaro.

Habíase parado en la portería para lo que hemos visto: había preguntado por costumbre si no había para él más cartas que la de su tío; había mirado maquinalmente tres ó cuatro cartas que le habían presentado, y no viendo en ninguna de ellas la letra que buscaba, las había rechazado, tomando sólo una de letra fina y pequeña, con sobre delicado y perfumado, la había acercado á los labios y se había lanzado á la calle.

Era una carta de Regina recibida de Saint-Malo.

Los dos jóvenes se escribían todos los días: las cartas

de Petrus iban dirigidas á la buena Anita, y las de Regina dirigidas á él mismo.

Había sacado Regina de su posición excepcional cierta fuerza que templaba la separación de ambos.

Sin embargo, Petrus había sido el primero en decirle que no le escribiera durante su ausencia: una carta perdida, extraviada ó robada los hubiera perdido á ambos.

Petrus encerraba las cartas de Regina en una especie de arquita de hierro admirablemente trabajada, y que estaba sellada en una cómoda.

Inútil es decir que esta cómoda estaba exceptuada de la venta.

Tal cómoda era sagrada.

Petrus, con esa religión del amor que se profesa á ciertos objetos, cuando se ama verdaderamente, hubiera creído un sacrilegio venderla.

Si el hombre viviera veinticinco años en la misma habitación, amueblada con los mismos muebles, podría con ayuda de éstos referir los menores detalles de su vida.

Por desgracia, el hombre siente de tiempo en tiempo la necesidad de mudar de habitación y de renovar su mobiliario.

Digamos también que la llave de aquella cómoda jamás abandonaba á Petrus.

Llevábala colgada siempre al cuello con una cadena de oro.

Además, la cerradura era tan complicada, que el cerrajero que la había confeccionado aseguró á Petrus que el más hábil rosiñolista perdería su tiempo en querer descestrarla ó abrirla.

Petrus, pues, por este lado no abrigaba inquietud ninguna.